

Federico Hanssen y Henry R. Lang

Yakov Malkiel

De Federico (Friedrich) Hanssen se sabe relativamente poco, lo que en gran parte, por cierto, se debe a su excesiva modestia. Ni siquiera existe, que yo sepa, una bibliografía verdaderamente exhaustiva, definitiva de sus publicaciones, redactada en clave crítica, es decir, con alusiones sistemáticas al eco que produjo cada una de sus monografías tan escrupulosas, así como la versión alemana (1910) y la española, muy mejorada (1913), de su gramática histórica. A medida que desaparecen los testigos oculares, convendría que un erudito chileno dotado de cierto talento literario, o por lo menos, periodístico, recogiese, a base de entrevistas personales con los pocos alumnos directos que puede ser que sobrevivan, los materiales indispensables para pintar, en forma de retratos contrastivos, las semblanzas de dos eruditos teuto-chilenos tan originales, tan diferentes uno de otro y, a la vez, tan distintos de su ambiente, como lo eran, sin duda, Hanssen y su ilustre compañero de enseñanza en el Instituto Pedagógico de Santiago, Rodolfo (Rudolf) Lenz. Por último, no deja de ser extraño el que nadie se haya tomado la molestia de contrastar sistemáticamente los hallazgos filológicos de Hanssen con los de Menéndez Pidal y de su escuela del Centro de Estudios Históricos. Lo sorprendente, a mi modo de ver, es que en ciertos respectos Hanssen, quien llevaba a cabo sus pesquisas en un aislamiento intelectual casi total, se haya adelantado a Menéndez Pidal (p. ej., en lo que atañe a la dialectología peninsular proyectada en el nivel cronológico de la Edad Media). En otros respectos (aquí aludo, ante todo, a la morfología del pronombre y del verbo), los juicios de Hanssen resultaron a veces más certeros que los que don Ramón formuló por los mismos años y en algunas ocasiones reiteró hasta la última revisión (1941) de su *Manual de gramática histórica española*. Para el futuro historiador de la filología y la lingüística romá-

nicas sería utilísimo poder enterarse, rápidamente, de lo que el catedrático de Santiago debía a su colega de Madrid (y viceversa), juzgando por los retoques en las sucesivas ediciones de sus respectivos libros principales, así como por las referencias directas en el texto y las notas. Todavía más provechoso sería poder determinar, de un golpe, a raíz de un estudio pormenorizado, lo que continuó separándolos, a pesar de la estima mutua que se tenían, en el transcurso de un cuarto de siglo (no conozco ningún caso de polémica abierta).

Esbozados así algunos proyectos ambiciosos y exigentes para el próximo o lejano porvenir que los hispanistas extranjeros esperamos terminen por llegarnos de Chile, quisiera añadir a lo poco que ya se ha establecido, unos cuantos elementos de información nueva. En las escasas discusiones de la materia que me han alcanzado a lo largo de los años, siempre se trataba de una polarización: Sudamérica-Europa. Así, a Lenz se le describe, de ordinario, como a un joven fonetista alemán, muy amigo del gran Viëtor, quien, al establecerse en Chile, descubre el inagotable caudal de las voces indígenas de su nueva patria. Hanssen, por lo general, figura como el filólogo clásico de excelente preparación alemana, quien, al encontrarse muy alejado de las universidades de su propio país, ahonda en el estudio pormenorizado de la métrica y gramática del español medieval (por privado que estuviese de cualquier contacto directo con los manuscritos conservados en las bibliotecas de España). Todo ello es muy justo, pero falta por completo en el cuadro de conjunto un tercer ingrediente: a saber, los esfuerzos que hacían ambos eruditos alemanes radicados en Chile por establecer ciertos contactos científicos con Norteamérica.

De Lenz se sabe por lo menos que cultivaba unas relaciones epistolares y, presumiblemente, canjeaba libros y sobretiros de artículos con la Smithsonian Institution, de Washington, D. C. (encargada por el gobierno federal de ocuparse en el estudio de las lenguas indias del país). En cuanto a Hanssen, se podía presumir que mandaba su trabajos, también a título de canje, a ciertos destacados estudiosos del español medieval en Norteamérica, como Elijah C. Hills, en Berkeley, y C. Carroll Marden, en Princeton; así se explicaría que Hills hubiese logrado compilar y, en seguida, publicar, en las *Modern Language Notes*, de Baltimore, una notable bibliografía preliminar de Hanssen (con suplemento). En los últimos meses, con motivo de un homenaje muy postergado a Henry R. Lang, que viene organizándose ahora, con motivo de casi medio siglo de su fallecimiento, se han encontrado en el archivo de la Biblioteca Universitaria de Yale

(en la ciudad de New Haven, Estado de Connecticut), donde Lang enseñó varias décadas, ciertas huellas del carteo entre Hanssen y Lang. Me apresuro a agregar que todavía no he inspeccionado ese material personalmente, basándome en lo que sigue tan sólo en ciertas impresiones de primera mano que me han llegado, independientemente, de tres hispanistas muy fidedignos.

La correspondencia entre los dos eruditos de abolengo centro-europeo giraba, desde luego, principalmente en torno a cuestiones filológicas, de carácter técnico. Parece, con todo, que Hanssen, sintiéndose —a partir del año 1914— muy agobiado por la creciente antipatía que mostraba la gran mayoría de los países de orientación liberal a la Alemania imperialista, buscaba cierto apoyo moral en su lejano corresponsal de New Haven. Ello era, sin embargo, que Lang, habiendo nacido en Suiza (aunque, en rigor, descendía de una familia alemana que había emigrado a raíz del fracaso de la revolución de 1848), no simpatizaba con la política del Kaiser, a diferencia de varios eruditos e intelectuales norteamericanos, sobre todo los de estirpe alemana, como el famoso antropólogo Franz Boas, el destacado medievalista William A. Nitze y el prestigioso cultivador de lingüística histórica, Benjamin Ide Wheeler. El episodio no tiene importancia, excepto por la luz que arroja sobre la profunda depresión que debió de sufrir Hanssen en aquel entonces, un golpe de desilusión aguda, el cual quizás nos ayude a comprender por qué murió relativamente joven, allá por 1919. Sabido es que el benemérito hispanista Karl Pietsch, en un principio bibliotecario-archivero de la Newberry Library y luego catedrático de la Universidad de Chicago, pasó por parecida agonía (la cual le impidió llevar a cabo un artículo de gran relieve que había empezado a publicar en la revista chicaguense *Modern Philology*). Sea como fuere, el hecho de que Hanssen, contrariamente a su costumbre anterior de reservar el conjunto de sus trabajos para unos pocos conductos chilenos (como los *Anales de la Universidad de Chile* y los cuadernos del *Deutscher wissenschaftlicher Sprachverein von Santiago*), se haya decidido a colaborar en la *Revista de Filología Española* recién lanzada por Menéndez Pidal, a lo mejor se explica no sólo como homenaje tributado al insigne investigador de Madrid, sino también como expresión de gratitud a España por la neutralidad que había guardado allá por los años 1914-1918.

De relevancia más duradera que las cuestiones —siempre reñidas— de la política y del orgullo nacional tan fácilmente herido, eran las inquietudes francamente científicas que compartían Lang y Hanssen (ignoro si Pietsch tomaba parte activa en aquella ejemplar *Gelehr-*

tenkorrespondenz, que en nuestra propia era de coloquios, simposios y congresos ya es difícil de concebir). De todos modos, como a Lang, a más del carteo, también le gustaba inmensamente el género erudito de la reseña muy elaborada —testigos aquellos comentarios, casi excesivamente detallados para nuestro gusto, que publicó sobre ciertas monografías de Carolina Michaëlis de Vasconcelos y de Ramón Menéndez Pidal, a decir verdad, no siempre en clave muy feliz—, se decidió a inaugurar su colaboración en la *Romanic Review*, recién fundada por el filólogo Henry Alfred Todd y el erudito literario Raymond Weeks, con el apoyo de las Prensas Universitarias de Columbia, con una reseña, innegablemente magistral, de la *Spanische Grammatik auf historischer Grundlage* (Halle: Niemeyer, 1910), de Hanssen. Por útiles y jugosas que hayan sido, anteriormente, algunas reacciones de Adolf Zauner a la primera serie de estudios monográficos de Hanssen y, en lo posterior, la crítica de la *Gramática histórica de la lengua castellana* que se debe a Américo Castro y otra, algo condescendiente, que publicó en el *Literaturblatt* Leo Spitzer, conviene admitir que las quince páginas en caracteres bastante apretados que dedicó Lang a un examen minucioso de la *SGHG*, seguidas de un índice alfabético de dos páginas —agregado casi inaudito en el caso de una reseña— representan, en conjunto, una contribución muy notable, que inclusive merecería figurar en una antología del pensamiento filológico de aquella época. Ya la he aprovechado en alguna que otra ocasión, creo que con resultados satisfactorios, medio siglo después de su publicación; así y todo, me atrevo a pensar que una apreciación de conjunto, desde la atalaya del año 1980 —es decir, pasados casi setenta años—, encierra cierto interés, ora para el cronista de nuestra disciplina, ora para quienes seguimos ocupándonos en los mismos problemas.

Si el índice a que ya aludí puede servirnos de pauta en el laberinto de problemas, de mayor o menor alcance, que acometió Lang, incansable como de costumbre, en aquella notable reseña no da ninguna idea, ni siquiera aproximada, del desfile casi fantasmagórico de autoridades lingüísticas, filológicas, folklóricas y aun dialectológicas a cuyos dictámenes e informes acudió. Lo impresionante es que no se trata exclusivamente de hispanistas, *stricto sensu*, sino también de comparatistas, orientistas (arabistas y sanscritólogos), estudiosos de fonética y de lingüística general, especialistas de latín vulgar y de francés antiguo y, desde luego, un buen surtido de lusófilos. Bien pocos eran los individuos que, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, hubieran sido capaces de combinar una erudición de sesgo tan cosmopolita, para no decir universal, con un co-

nocimiento pormenorizado y, a veces, minucioso de materias filológicas limitadas a un conjunto de países y períodos particulares.

Haciendo, pues, caso omiso de la erudición antigua (Nebrija y Berganza en España, el lexicógrafo Viterbo en Portugal), he preparado un inventario (dudo que sea completo) de toda clase de peritos de los siglos XIX y XX en cuyos escritos Lang, como crítico de Hansen, se apoyó en aquella ocasión:

S. Alonso Garrote, C. Appel, F. Araujo [y Gómez], G. Baist, A. Bello, H. Berger, G. Cappuccini, F. A. Coelho, J. Cornu, R. J. Cuervo, F. Diez, G. Ebeling, W. Foerster, A. dos R. Gonçalves Viana, M. Grammont, L. Havet, F. M. Josselyn, J. Jud, G. Körting, L. Lamouche, R. Lanchetas, J. Leite de Vasconcelos, R. Lenz, E. Levy, A. Martínez de Salazar, R. Menéndez Pidal, W. Meyer-Lübke, C. Michaëlis de Vasconcelos, J. Moreira, H. Morf, O. Nobiling, J. J. Nunes, K. Pietsch, J. Pirson, F. Rodríguez Marín, J. Saroihandy, A. Savelli, B. Schädel, H. Schuchardt, E. Staaff, J. Storm, J. Subak, O. J. Tallgren, A. Thomas, M. Valladares Núñez, J. Vising, J. Wackernagel, L. Wiener, W. Wright, F. A. Wulff, A. Zauner.

La lista, a decir verdad, es larga, quizás sea excesivamente larga y peque por cierta pesadez. Por otra parte, impresiona favorablemente la rapidez con que se asimilaban —¡hace setenta años!— los progresos de nuestra disciplina, aun en los países de ultramar, de acceso mucho más difícil que hoy para el mercado de libros europeos. Lang no sólo disponía de muchas misceláneas, revistas bastante exclusivas, tomos de homenaje, etc., sino que ya por aquel tiempo reconoció claramente el valor del penetrante estudio que Jakob Jud (pricipiante todavía en aquel entonces) acababa de dedicar a un grupo de numerales románicos.

Sería desde luego ocioso examinar con igual empeño y atención al detalle bibliográfico el inmenso aparato de fuentes primarias que utilizó Lang con motivo de esa misma reseña. En la lista auxiliar que tengo preparada para mi propio uso figuran unos veinte textos que corresponden a la Edad Media española, y una docena más como representantes de esta misma época en la paralela tradición gallego-portuguesa. Huelga decir que quedan incluidos los poemas de Berceo, el *Alexandre*, el *Apolonio*, etc.; pero merece destacarse el hecho de que la *Primera Crónica General*, que Menéndez Pidal había publicado por primera vez en 1906 (en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles), ya rindió algunos frutos en esa reseña tan nutrida, que salió a luz al cabo de sólo cinco años. Desde luego, es muy abundante la cosecha de textos que se jalonan desde 1400 hasta mediados del siglo siguiente, comenzando con el *Cancionero de Buena*

(tan familiar a Lang) y *El Corbacho* y terminando con *El cancionero general*, con la magnífica colección de *Autos, farsas y coloquios* editada por L. Rouanet, así como las obras de Torres Naharro y Lope de Rueda. Tampoco descuidaba Lang a los clásicos del Siglo de Oro (he contado media docena), formando la retaguardia Benito Pérez Galdós (*Marianela, La de Bringas*) y Armando Palacio Valdés (*Tristán*). No me detengo en enumerar aquí los paralelos italianos aducidos por Lang (Dante, Petrarca, Boccaccio); ni sus repetidas alusiones al catalán; ni su uso de materiales folklóricos (como los *Cantos populares* recogidos por Rodríguez Marín, o los romances reunidos por Wolf y por Durán). Lo más verosímil es que el crítico aprovechó ciertos materiales que se le habían acumulado paulatinamente en tres décadas de enseñanza universitaria.

En cuanto a la materia tratada en la extensa reseña, así como al enfoque del crítico, conviene tener presentes dos hechos: como Lang comentaba el libro de Hanssen siguiendo su pauta párrafo por párrafo, el contenido no pudo menos de resultar algo abigarrado, precediendo la fonética histórica a la morfología (en rigor, sólo a la flexión en la redacción de 1910), la morfología —a su vez— a la sintaxis, etc. Por otra parte, es justo observar que Lang pertenecía a aquella benemérita generación de romanistas que interpretaban el papel (o el compromiso moral) del filólogo, ante todo, como el de un lector ávido, incansable y (para decirlo un poco brutalmente) omnívoro, que “devoraba”, anotándolos con toda escrupulosidad, textos antiguos y modernos, diccionarios de todas clases, gramáticas de finalidades muy distintas, etc., en busca de “hallazgos”, es decir, de paralelos inesperados (a veces genéticos, a veces sólo tipológicos), preocupándose —a decir verdad— relativamente poco por cuestiones de teoría, de método y de técnica, ya que todo esto parecía resuelto en antiguos libros magistrales de nivel enciclopédico, como las, al parecer, insuperables síntesis (la una, gramatical; la otra, etimológica) de Meyer-Lübke. Por consecuencia, se trataba, ante todo, de llenar lagunas, no de revisar el fundamento de la disciplina o de renovar el propio planteo de determinadas cuestiones particulares. Si no me engaño, el último representante de gran talla de la filología románica así concebida, por lo menos en los Estados Unidos, fue Joseph E. Gillet, erudito belga, de formación europea, transplantado —igual que nuestros protagonistas Hanssen y Lang— a una universidad del Nuevo Mundo.

Así, en el fondo el largo comentario de Lang encierra una especie de espiguelo, muy especialmente de las muestras del español hablado en su fase embrionaria que asoman en las farsas y comedias de fines

del siglo XV y de principios del XVI (aun en este respecto se nota el hilillo que nos lleva de Lang a Gillet, sabio anotador de la *Propalladia*)

En unos cuantos casos las observaciones de Lang son tan abundantes, ante todo tan repletas de ejemplos extraídos de textos poco accesibles o rara vez consultados, que sería una verdadera pérdida para la ciencia si un investigador joven atraído por tales problemas no las tomase en cuenta. Me refiero ante todo a lo que el filólogo de Yale hizo constar sobre la metátesis y la aplolbía, dos fenómenos de la fonética general, que le fascinaban (pp. 332 y 337), quizás a raíz de su lectura de la tesis sensacional de M. Grammont. Me parece menos logrado lo que reunió sobre el enmudecimiento de la *s* y *z* finales (pp. 335 y s.), si bien aun en esta parte no son nada despreciables algunas migajas de información que, a lo mejor, no consiguieron recoger los sucesores de Lang (como Amado Alonso), con haber estado mejor informados, en general, del conjunto del problema, y con haber dispuesto de un superior arsenal de instrumentos de pesquisa. Ni Hanssen, ni Lang, ni tampoco Pietsch eran etimologistas de primera categoría, de manera que la discusión —casi diría, excesivamente elaborada (pp. 334 y s.)— del origen de *ducho/ duecho* y de sus congéneres gallego-portugueses (*doito, adoitar*) no produjo ningún resultado neto, y así no avanzó nuestro conocimiento de la diptongación (se trataba de decidir si *DOCTUS*, part. pas. de *DOCERE* 'enseñar', o *DUCTUS*, part. pas. de *DŪCERE* 'llevar, guiar', era la base en cuestión).

Sin embargo, al lado de casos de titubeo hay otros que muestran un verdadero progreso. Con motivo de mi examen de los antiguos imperfectos en *-ía / -ié* (descubiertos, quede dicho de pasada, por el propio Hanssen, allá por 1890), averigüé que fueron dos investigadores norteamericanos o radicados en Norteamérica, Lang y J. D. M. Ford, su rival de Harvard, quienes proporcionaron, casi simultáneamente, la interpretación histórica que hoy parece convincente y muy superior a lo que se venía escribiendo y enseñando por aquellos años en los centros universitarios de Europa. Para los detalles, véase mi contribución al homenaje póstumo a Gillet, que ocupa el t. XXVII (1959) de la *Hispanic Review*. Conste que, pasadas dos décadas, no he cambiado de opinión sobre este asunto.

Entre las categorías netamente deslindadas de aciertos y fracasos, media otra, de contornos más bien borrosos, que abarca varias observaciones agudas, eso sí, sin que el autor haya llegado a una solución verdaderamente satisfactoria. De ser así, un "hallazgo a medias" que hizo Lang, o un reparo útil que la suerte le deparó hacer

a una investigación ajena, puede servir, aún hoy, de punto de partida para quienes planeamos hacer nuevas tentativas de resolver determinada dificultad. Quisiera aducir un solo caso concreto. Ya en 1902, en el tomo primero —y único— de su *Cancioneiro gallego-castelhana* (p. 169), Lang prestó atención a una curiosa irregularidad que prorrumpe, más o menos esporádicamente, en textos medievales: la sustitución de un participio pasado “débil” en *-ado* por otro, en *-ido*. Ya había aludido a ella, pero sólo de pasada, el propio Meyer-Lübke, en su *Romanische Formenlehre* del año 1894, en los §§ 476 y s. Al redactar su *Manual de gramática histórica española*, R. Menéndez Pidal pidió prestados varios ejemplos a esta primera discusión del fenómeno que se debe a Lang (p. ej., *amodorr-ido*, *desmaí-do*, *rob-ido* frente a unos infinitivos respectivos en *-ar*), agregando, a título de testimonio dialectal, el ast. or. *condeníu* en vez de *condena(d)o* y llamando la atención a la alternancia, dentro del latín clásico, de *CREPITUS* y *CREPARE*, *DOMITUS* y *DOMARE*, así como de *DOLITUS* —idiosincrasia léxica de Varrón— frente a *DOLARE* (véase el § 121). Huelga agregar que ese comentario no satisface al lector exigente de hoy; *DOMĪTUS* era una forma moribunda dentro del sistema de la conjugación latina y, muy lejos de haber cundido, sobrevivió tan sólo en forma fosilizada (adj. *duendo*); *CREPITU* tendía a reducirse a un tipo vulgar *CREP(Y)TU*, luego °*CRĚ(P)TU*, a que el propio Menéndez Pidal, en una de sus magistrales notas léxicas del año 1920 (*Revista de Filología Española*, t. VII), acudió para explicar *grieta* y otras voces afines; en cuanto a *DOLĪTUS*, da la casualidad que no se encuentra, que yo sepa, la más mínima huella de tal base en ibero-románico.

Hanssen, en su primera síntesis del año 1910 (*HGSS*, § 33:2), se adhirió a la opinión de Menéndez Pidal, sin siquiera mencionar a Lang (lo que parece haber herido al catedrático de Yale) o desarrollar el problema. Este, apoyándose en una monografía de Cappuccini, que, en el ínterin, había salido en el prestigioso tomo-homenaje a E. Monaci (*Scritti vari in onore di...*), ofreció, en su reseña tan detallada del año 1911, un montón de ejemplos de la alternancia de *-ar* e *-ir* en provenzal antiguo, de *-er* e *-ir* en francés antiguo, así como dos (uno de ellos muy dudoso, según él mismo admite, poniendo un interrogante) de *-ar* e *-ir* en español medieval. Pero todo ello, aun descontando los ejemplos poco seguros, no hace más que demostrar que el foco del proceso se encontraba en Italia; que se produjo una irradiación, la cual logró invadir, pero con ímpetu ya bastante débil, el norte y el sur de Francia; y que la continuación de tal movimiento apenas si se vislumbra en la península ibé-

rica. Ante todo, se les escapó a los contrincantes la nota francamente negativa de *amodorrído*, *desmaído*, *robido*, que, de hecho, desempeña el papel de denominador común, en lo semántico.

Huelga decir que, al revisar su manual (y verterlo al español), Hanssen no titubeó en aludir —con toda brevedad— a los dos dictámenes de Lang sobre la materia, aceptando de lleno el veredicto de su colega (*GHLC*, § 265).

Sería ameno poder dar por concluida, hacia 1913, la discusión. Pero a riesgo de desafiar a tres eruditos beneméritos del Siglo de Oro de la filología española, no me animo a terminar este brevísimo resumen de la controversia sin hacer constar que me desentiendo de aquella gama de hipótesis propuestas por Lang, Menéndez Pidal y Hanssen, entre 1902 y 1913. A mi modo de ver, no se trata de una "heterocllisis" (para asirme del término de Cappuccini) de conjugaciones, fenómeno quizás bastante común en italiano, pero nada frecuente en español y portugués. Según creo haber demostrado con suficiente documentación en otras ocasiones, a lo largo de casi cuatro décadas, se ha sobrepuesto a la tríada de participios pasados "débiles" en *-ado*, *-udo* e *-ido*, que en lo antiguo acompañaban a los respectivos infinitivos en *-ar*, *-er* e *-ir* (p. ej., *cantado*, *atrevido*, *pedido*), otra tríada homónima de esquemas adjetivales, a saber, a) el tipo *a-...-ado* (*aindiado*, *amulatado*), que sugiere la semejanza; b) el tipo (*d*)*es-*, *en-*, *re-...-ido* (*atordido*, *desabrido*, *desanguido*, *descolorido*, *desfamido*, *enflauido*, *enprobrido*, *envegido*, *esmortido*, *resequido*, *revegido*, *tollido*), que expresa una merma, falta, escasez o decadencia; y c) el tipo *-udo*, que —al revés— evoca la abundancia y aun el exceso, capaz de rayar en lo grotesco (*barbudo*, *panzudo*). No creo sea necesario repetir aquí, detalladamente, lo que vengo exponiendo a partir de 1941, jalonándose los trabajos en cuestión desde una contribución casi juvenil a la misma revista que acogió la reseña susodicha de Lang (*The Romanic Review*, t. XXXII, pp. 278-295) hasta una nota que salió en la bastante reciente miscelánea de estudios eruditos publicada en honor del profesor Imbs. Sólo quisiera agregar a lo expuesto en *Language*, t. XXII, 1946, pp. 302-309, que, tras treinta y cinco años de reflexión, reconozco ahora mejor que antes el papel que debió de desempeñar en aquel proceso la sustitución de *-ido* por *-ecido* en función estrictamente participial.

Para terminar, dos datos de orden estadístico, ya a título de anécdotas. Sabido es que Lang no pecaba por un exceso de modestia; así, no vaciló, al reseñar el libro de Hanssen, en citar sus propias publicaciones anteriores, muy especialmente los dos libros principa-

les que se le deben (*Das Liederbuch des Königs Denis*, que es su tesis de doctorado en forma muy ampliada, con enmiendas, retoques y digresiones, y el arriba mencionado *Cancioneiro gallego-castellano*); además, varios artículos que publicó en revistas y misceláneas, reseñas, etc. (los trabajos más viejos de esta categoría se remontan a los años 1886-87, es decir, a los albores de la filología románica en Norteamérica). En conjunto, Lang se refiere, por lo menos, quince veces a sus propias indagaciones. Sean o no de buen gusto tales autocitas, proporcionan mucha ayuda a quien trata de orientarse hoy día en el laberinto de aquella viejísima labor filológica. Quedará superada la necesidad de recurrir a esta reseña en busca de datos bibliográficos sobre los trabajos tan endiablidamente dispersos de Lang sólo cuando salga a luz —ojalá en el número de agosto 1981 de la revista californiana *Romanic Philology*— la espléndida bibliografía definitiva de Lang que hace poco ha llevado a cabo con su talento tan marcado para tales reconstrucciones, a la vez, atrevidas y minuciosas, mi incansable colega Benjamin M. Woodbridge.

¿Cómo reaccionó el propio Hanssen, en 1913, a tanta andanada? Ante todo, sin la menor exhibición de belicosidad. Como no antepuso ningún prefacio a su gramática revisada, renunció deliberadamente a la ocasión más favorable que se le presentaba de valorar, en clave crítica o polémica, los reparos que se habían puesto a la primera redacción de su libro. En cuanto a la elaboración del texto, nada más que en la segunda parte de su *GHLC*, que se titula “Fonología” y que corresponde a lo que otros eruditos de aquella generación llamaban “fonética histórica”, Hanssen se refirió expresamente diez veces a la larga reseña de su amigo y, al mismo tiempo, contrincante, Lang; a saber, en los §§ 32, 51, 53, 105, 109, 141, 153 (dos pasajes), 155, 158. Tomando como norma esa frecuencia de citas explícitas, se puede conjeturar que, en el libro entero, aludió, por lo menos, unas veinticinco veces al modo de pensar de su crítico, aprovechando así su notable caudal de erudición, pero adoptando un simpático tono de mayor reserva. Es una magnífica lección de actitud verdaderamente científica que nos dio a todos —sus contemporáneos y sus sucesores— el ilustre y estoico profesor de Santiago de Chile.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA. Berkeley.

UNIVERSITY OF NEW MEXICO. Albuquerque.